RECONCILIADOS

Por JUAN BENEYTO

LA guerra de 1936-39 –y aún, contrastantemente, el fin de la guerra– nos puso a los españoles de mal humor: ¡Nos enfadamos con el tren!

Por lo pronto, lo que quedó de los ferrocarriles españoles no resultaba presentable. Es posible que estuviésemos delante de la parcela más deteriorada de toda la maquinaria del país. Los trenes, obligados a cumplir su cometido por orden superior, llegaban al final de los trayectos no solo fatigados, sino jadeantes. Y como no teníamos opción al uso de otro medio –todavía era peor el parque de automóviles– acudíamos de mala gana a las estaciones y nos malhumoraban las dificultades y las apreturas. Solamente esa peculiar aptitud del español para el diálogo con tortilla y vino, desabanderaba cuanto había de banderizo en las inevitables conversaciones y en las nunca evitadas murmuraciones.

Cuando empezaron a venir automóviles –aquellos Citröen de película policíaca francesa, aquellos Fiat de «Pan, amor y fantasía»– ir en ellos pareció deliciosa fortuna no solo porque todo el paisaje se entregaba al privilegiado poseedor de cuatro ruedas, sino porque se evitaban las colas ante las taquillas, e incluso las recomendaciones y las peticiones de billetes más o menos oficiales, mecanismo al que había que acudir durante los meses de verano si se querían utilizar las fechas que empezaban por uno –el 1 ó el 15–. Aunque las carreteras estaban mal, como eran pocos los usuarios siempre había manera de evitar los baches... Más tarde mejoraron las carreteras, aunque Gila seguía haciendo chiste de sus reparaciones. La autolocomoción se generalizaba: de la Vespa se pasó al 600, y luego vino el 1500, como ahora el 1240. ¡Ya no hizo falta la amistad con los distribuidores de cupos de importación! Las fábricas españolas nos los ofrecían y aún, al pedirnos buena parte del precio anticipadamente..., nos obligaban a ahorrar para comprarlos.

Mejoraron las carreteras y los automóviles, mientras seguían prácticamente igual los caminos de hierro y los ferrocarriles. Vinieron luego la novedad del Taf –aportación de Fiat– y la del Talgo, autóctona y articulada, con unidades que tan a la española se bautizaron con nombres de vírgenes... Pero solamente desde hace poco tiempo se han generalizado estas fórmulas, inicialmente excepcionales. Ya todos los trenes son buenos; tienen calefacción y refrigeración, no hacen ya falta los bidones calientes ni los abanicos; logran velocidades mejores, y hasta alternan con el automóvil, mediante el autocama, fórmula publicitaria de una colaboración auténticamente expresiva. Porque ¿qué es eso de enfrentar la carretera de asfalto con el camino de hierro, el automóvil con el ferrocarril? Así queda cortado el nudo gordiano: Traiga usted su coche al tren, métase en la cama y al llegar a destino venga a coger el volante, fresco como si saliese de la ducha doméstica.

Acabo de llegar a Madrid en coche, desde San Sebastián: carretera magnífica; en efecto, la Nacional número 1 es la número uno. No puede pedirse otra infraestructura..., pero si hasta Alsasua el movimiento caminero fue análogo al de una calle céntrica, desde Somosierra he tardado más de lo que gastaba hace dos años. Veníamos en fila, cada camión seguido de veinte o treinta coches. Y al llegar a San Agustín –y hasta Pío XII– tuvimos que dar escolta a un transporte que acarreaba maquinaria pesada...

Debía seguir hacia Alicante. Y ya puede suponerse que el coche ha quedado en la capital. Tomo el Ter, soy incapaz de meterme de nuevo por una carretera en olor de multitud.

Pero el dato valioso es que si las colas han sido evitadas por los mecanismos electrónicos, si me descuido me quedo sin billete. Porque los españoles volvemos a contar con los trenes.

* * *

Se ha dicho que los distintos medios de transporte combinan entre sí por razón de la distancia: que el coche vale para los 300 kilómetros, el tren para los 600, y el avión para lo que salta esa cifra. Pero hay una realidad más entrañable que aquella razón, y es que el hombre no se mueve por los números, sino por los sentimientos, y que si el ferrocarril tiene otra vez buen público y tiene también buena Prensa, es porque nos hemos reconciliado con él.

La nueva estación del Metro parisiense, Louvre, está decorada con reproducciones de obras de arte del museo de igual nombre. A la derecha, «La Virgen y el Niño».